

# Caducifolia: Las hojas que se lleva el viento (II parte)

■ Rafael Rodríguez Díaz

*A Ana Belki*

*Hasta la más sencilla flor en el camino  
merece toda tu atención de poeta*

## 4. Conociendo a los salvadoreños

Habitando en un país que rebosa vida, los salvadoreños no parecen tener conciencia de toda esa riqueza que estuvo y que todavía permanece en su entorno. Hablábamos hace poco de la diferencia entre piso y suelo; abundaré un poco más sobre ello... El piso es tierra apisonada, compactada. Embaldosado o encementado tan sólidamente como para conformar un plafón, el piso supone algo inerte, sin vida... El suelo, en cambio, es tierra suelta; puede estar cubierto de humus, y entonces el suelo es en extremo fértil, verdadera fuente nutricia, hervidero de formas de vida vegetal y animal.

Otras características diferenciadoras serían: *piso* es, desde el de una casa o edificio, hasta una pista de aterrizaje, pasando por calles, carreteras, aceras y parqueos de todas clases... *Suelo* es, desde la tierra cultivable de la que saca el sustento el campesino, hasta las selvas y bosques que se preservan en los parques y reservorios de vida silvestre. Pero también son suelo las zonas verdes de las colonias y las casas; como lo son también las jardineras y hasta las macetas y canastas con plantas nutritivas o decorativas.

Pues bien, pareciera que los salvadoreños se han empeñado en convertir en piso al país entero, y dejar como suelo reductos a los que les atribuyen poco valor. Con razón, entonces hay muchos que se consideran aquí siempre de paso, concibiendo al país como simple trampolín o plataforma para deslizarse y aun lanzarse a otras partes. Con razón, también, muchos no tienen interés en conocer y preservar en la memoria hechos del pasado, remoto o reciente. No tienen raíces, porque el país no es suelo nutritivo para ello. Y personas sin raíces da lo mismo que hoy estén en un lado y mañana en otro, que lo mismo significa todo.

Íntimamente vinculado al piso está un objeto que ha cobrado una sobre-dimensión en El Salvador actual; es el automóvil o carro... Me decía bromeando el amigo Carlos Cerna que si hubiera una erupción volcánica y sepultara todo la ceniza, después de mil años llamaría la atención a los arqueólogos esos templos tan singulares, dedicados a quién sabe qué dios. "—¡Son nuestras ahora flamantes gasolineras!", concluía Carlos Cerna ... Y no estaría muy alejada de la realidad esa broma del amigo: los carros son ahora una presencia cuasi sagrada en nuestro país.

En Antiguo Cuscatlán, una de las colonias recientes queda frente a mi terreno. Ahí, las casas son extremadamente pequeñas, a pesar de que viven en ellas personas de clase media y aun no tan media. Como nota curiosa, esas casas no tienen acera ni zona verde, y en el pasaje pavimentado adonde dan apenas caben dos carros, de modo que se arman tremendas trabazones cuando a algún conductor se le ocurre dejar parqueado su vehículo al lado del de su vecino de enfrente. Con cochera igualmente pequeña, algunas de esas casas, sin embargo, alojan —porque los vehículos "habitan" en las casas como personas muy importantes (VIP)— carros que no tienen nada que envidiar a los de colonias como la Escalón o la San Benito... Viviendo, pues, en *microcasas*, algunos de mis vecinos se dan ínfulas de potentados y ricachones, a través de los *macrocarros* que manejan.

Porque, en realidad, en nuestra sociedad salvadoreña, el "Señor" Carro es el más importante miembro de la familia o el más destacado huésped que con su sola presencia hace mágicamente fuera de serie a sus usuarios. "*Toyota Cresida, un carro con clase para gente con clase*", reza una propaganda a la que parecen adherirse como a un dogma nuestros conciudadanos. Esa "clase" es la que ponen muy a las claras cuando manejan sus vehículos con la prepotencia de un magnate: mirando desde arriba y sobre el hombro y haciendo sentir su presencia en las calles, con el escándalo que arman sus desaforados pitos y cláxones.

Hace unos años apareció en un periódico capitalino un anuncio muy revelador: en una página entera aparecía primero, como fondo, un teléfono celular de tamaño natural; atravesando en cruz al teléfono estaba un carro de marca x, como de unos 15 centímetros de largo. La leyenda que presidía el anuncio era: DÉ QUÉ HABLAR A SUS VECINOS: COMPRE UN VEHÍCULO MARCA «X»... Un teléfono celular y un carro lujoso son, pues, signo de estatus (no cualquiera los tiene o

usa), y si uno se compra un carro de esos, los vecinos pueden comentar —de viva voz o por teléfono (sería una de las interpretaciones de la presencia del teléfono)— “—¡Mirá qué carro el que se ha comprado el Señor Fulano de Tal! ¡Qué envidia...! ¡Cuándo me podré comprar yo uno de esos ... !”

La fetichización-personalización del carro ha llegado a tales extremos que ya tenemos “*Car Boutiques*” para que se le concedan antojos y caprichos al vehículo... No digamos los ruidosos talleres: verdaderos hospitales, o clínicas para carros ricos y carros pobres. O hasta los cementerios o fosas comunes de las “*hueseras*”. Los en-cada-esquina “*Car Wash*” pululan, en un país que tiene cada vez menos agua (se derrocha agua con pistolas que gastan más de ese valioso líquido que el que podría consumir en una semana una familia entera pobre). Son esos famosos “*Car Wash*” verdaderas salas de belleza para los vehículos. El colmo ha sido ver algunos de esos establecimientos adornados con gallardetes y vejigas de colores, como queriendo significar que pueden ser también auténticos centros de diversiones para los carros. Ahí se lleva a los carros a divertirse como se llevan también a los niños a un parque o a una feria.

Pero el otro día tuve una especial “revelación”: se me mostró todo el significado “profundo” del culto al carro. Debido a la construcción de pasos a desnivel, los buses tienen que tomar otras rutas que las usuales; es entonces que uno comienza a darse cuenta de la presencia de rincones, casas y lugares antes insospechados. Fue así como reparé en dos terrenos inmensos dedicados a la exhibición de carros... Ahí estaban ELLOS, recibiendo la iluminación de decenas de fanales y ordenaditos, los de un diseño en un lado, y los de otro diseño en otra parte; los del año o alguno que otro especialmente lujoso estaban colocados sobre plataformas que los hacían especialmente destacables.

¿Qué me recordó en un momento dado toda esa exhibición, mientras el autobús en su recorrido, daba casi la vuelta entera por los dos terrenos de exposición?

“—Pues, claro —me dije—. Es como si alguien anunciara: ¡ATENCIÓN, SEÑORES, LA FUNCIÓN VA A COMENZAR”.

Los autos destacados eran los solistas y la *prima donna*; los demás carros alineados perfectamente eran los coros. Y todos ellos parecían estar listos para cantar o recitar su parte correspondiente... La disposición de los carros en esos predios, la luminosidad ambiente: todo apuntaba a que alguna ópera o *play* estaba a punto de comenzar... en ese preciso instante. Lo interesante es que esa impresión quiere darse toda la noche y durante todas las noches del año. Ahí, en ese lugar, los carros están permanentemente en el instante mismo después de la tercera llamada. Ellos son el punto focal de toda nuestra atención; por eso, la música y el recitado son lo de menos. Por eso, también, parece estarse desarrollando ahí una ópera muda, silenciosa. Y a través del elocuente silencio, lo vehículos imponen su real e inobjetable presencia en este mundo de sus adoradores.

Podría objetarse a lo que llevamos dicho que esa omnipresencia del carro y su culto es algo que se ve en todas partes; no es privativo de aquí, de El Salvador. Sin embargo, lo que hace singular el fenómeno es que, como otras cosas igualmente mayúsculas, aquí esto se ha salido de control. Como cuando se destapa un hormiguero y no pueden detenerse ya las hormigas, las cuales empiezan a correr desafortunadamente por todas partes, así los carros y vehículos automotores invaden arterias principales y aun secundarias, en una loca carrera que ya nadie parece capaz de contener.

Lo alarmante es que el síndrome del carro es sólo otro más de los síntomas de una quizás galopante descomposición. También ya es algo fuera de control y rebalsa por todas partes la basura; como cuando un organismo infectado empieza a echar heces hasta por nariz y boca. Rebasa el control la delincuencia, o las maras, o la irresponsabilidad y desprecio por la vida de los buseros, o la corrupción de los políticos y de los líderes de la iglesia... El culto desproporcionado al carro es, entonces, el más patéticamente claro testimonio de hasta dónde ha descendido la descomposición de los valores, en una sociedad salvadoreña que se apresta muy irresponsable a enfrentar los retos del próximo milenio.

En general, lo que ocurre es que el salvadoreño no valora su patrimonio natural, histórico o arqueológico y, además, asume los falsos valores que le ofrece "mágicamente" la sociedad de consumo, porque desconoce la magnitud de ese patrimonio. Otra cosa sería si a ciertos sectores —sobre todo, jóvenes— les fuera accesible ese conocimiento acerca de la riqueza de su patrimonio o de la problemática social y humana que le rodea.

## 5. Anécdotas del cursillo de admisión

Durante el cursillo de admisión de la UCA, impartido en los meses de enero y febrero, los aspirantes a universitarios tienen la oportunidad de hacer un trabajo sobre un tema de interés. En el año de 1997, un grupo de estudiantes trabajó sobre el tema de la fauna en peligro de extinción en El Salvador. De manera muy original, para la exposición del trabajo, los estudiantes invitaron a personas que trabajan en el Zoológico Nacional... Hasta el aula llegaron los señores con sendas jaulas para varios animalitos... Luego de la explicación introductoria, se procedió a mostrar cada uno de los animales hasta allí llevados. Primero, fue un pezote —*pizote*, para los *chapines*—, o coatí, un pariente del mapache que tiene hocico alargado, larga cola y color leonado. Después, fue mostrada la maşacuata, culebra que funciona como "limpiadora" en las casas, porque acaba con ratones y otros bichos molestos. Le tocó el turno a la iguana verde, hermosísimo espécimen de unos cuarenta centímetros de largo y exótica cresta, a lo dinosaurio... También desfiló una especie de gavilán, adornado con un como bonete de plumas rojas, las cuales contrastaban con el antifaz amarillo sobre los ojos, y el color negro zopilote de todo el cuerpo. Insistieron los zoólo-

gos en que esta hermosísima ave casi no se ve ya en el país: el DDT y la inconsciencia o estupidez humana están acabando con él...

Pero el que arrancó frases de admiración y aun expresiones de ternura, sobre todo entre las muchachas, fue un puerco espín tierno. Deslizándose torpemente sobre la mano y antebrazo enguantados del zoólogo, el animalito parecía un osito de peluche, a pesar de los canutos de espinas que ya asomaban por todo su cuerpo... —“Ya ven— dijo el empleado del zoológico —si conociéramos animales como estos, tan tiernos e indefensos, seguramente no permitiríamos que les hicieran daño y que los mataran. Pero como ni siquiera sabemos de su existencia, entonces nos, da lo mismo que desaparezcan o no. Veán, pues, la importancia de tomar contacto con la fauna y con la flora que aún queda en nuestro país”.

Otro grupo de aspirantes del cursillo escogió como tema de su trabajo: Las “maras”. Para eso, tomaron contacto con miembros de la “Mara Salvatrucha”, de Soyapango... Lo interesante, entre otras cosas, fue que llegaron a la UCA varios miembros de la mara, el día en que debía exponerse el trabajo. Fue una presentación muy original: cinco “mareros” o “marosos” (cuatro hombres y una mujer) se sentaron en sendos pupitres, frente a la concurrencia. Los alumnos encargados de exponer el tema se distribuyeron, de pie, entre sus compañeros del aula, y anunciaron que habían decidido presentar a los muchachos de la mara como si fuera un “*talk show*”, al estilo del de Cristina. De ahí que, en tarjetas, llevaran apuntada información que les serviría para hacer preguntas.

Empezó la función: el jefe del grupo de marosos tenía el sobrenombre de “Cashi” porque —según explicó él mismo— cuando en Los Ángeles comerciaba con drogas, pedía a los clientes que le pagaran “*cash*”; de ahí le quedó el apodo... Nos fuimos enterando luego de muchas cosas más: el nombre “*Mara Salvatrucha 13*” se debió a que en los Ángeles, la pandilla conocida como tal, tenía como límite de su territorio la calle 13, mientras que sus enemigos conformaban porque la “*Mara 18*”, porque su territorio comenzaba a partir de la calle 18. La enemistad contra las dos pandillas procedía, entre otras cosas, de su identificación o su rechazo respecto de los pandilleros mexicanos; porque los de la “*Mara 18*” eran aliados y apadrinados por aquellos, mientras que los de la “*Salvatrucha*” se consideraban puros guanacos y, por eso mismo, antimexicanos... Lo curioso fue que quienes así expresaban su antimexicanismo, hablaban con un marcado acento mexicano. Nos siguieron explicando cómo se entraba en la *maras*: el aspirante debía soportar durante quince segundos patadas y trompadas de todos los de la mara. A la mujer aspirante se le daba a escoger entre ser pateada y golpeada durante quince segundos, o tener relaciones sexuales con cinco hombres. Como alguna aspirante se decidiera muy rápidamente por la segunda opción, entonces se le concedía su deseo, pero además se le propinaban los quince segundos de paliza, para que “no abriera tan fácilmente las piernas” ante cualquier problema grave.

Significativa fue la explicación de por qué ellos, jóvenes, habían buscado ser de la mara... Todos procedían de hogares desintegrados: con padres borrachos o ladrones, y madres prostitutas, o que, en el mejor de los casos, no les daban a ellos, sus hijos, ni la más mínima atención o afecto... La muchacha marera contó que fue violada de muy chica por un pariente, y que se acercó a la mara buscando protección y cariño... debió *quebrarse* a un cristiano para ganarse su membresía en el grupo... Otro joven dijo que no había trabajado nunca, y que vivía de los dólares que mandaba a su familia un hermano que trabaja en *los Estados*... El último de la fila era un muchacho delgadito, pero con un *plante de malilla*... Dijo ser ladrón, pero que no se preocuparan... no iba a robar nada a nadie de los ahí presentes.

Durante el año de 1998 hubo un grupo de aspirantes a universitarios que también trabajó sobre el tema de las maras. De la misma manera que el año anterior, los de este año invitaron a miembros de una mara para la exposición pero se dieron algunas variantes: de entrada, los mareros demostraron cómo hacen sus *graffiti*; sobre una manta grande, dibujaban y escribían rápidamente con pintura de “*spray*”, consignas e imágenes relativas a su grupo. Luego, fueron contando sus experiencias: desde cómo entraban a la mara, hasta cómo podían salir de ella: generalmente sólo se podía salir muerto, porque vivo... había que justificar bien esa salida, para no ser considerado como traidor. De ser ese el caso —caer en la categoría de traidor—, cualquier miembro de la mara podía ejecutarlo; ya que el crimen más grande para ellos era la deserción y la deslealtad.

Entre los pandilleros había un joven de unos 13 años; él confesó usar drogas, pero dio a entender que su estadía en la mara era algo así como una fatalidad... no le quedaba de otra, ya que no tenía ni padres, ni parientes que pudieran acogerlo.. A diferencia de los mareros del año anterior, los de este año de 1998, parecían incluso orgullosos de sus “hazañas”, de sus atuendos estrambóticos: pantalones bombachos, pañuelo amarrado en la cabeza, cadenas, aretes y hasta cuchillos y navajas para defenderse... Con lujo de detalles nos mostraron cómo funciona el código de las señas con dedos, manos y antebrazos... Entre los tatuajes, hay unas como lágrimas tatuadas alrededor de los ojos: equivalen a las muertes infligidas a los enemigos (recuerdan tanto a los tatuajes y pinturas de guerra de las tribus primitivas).

Casi al final de la exposición, entró al aula un hombre joven, con camisa manga larga y de cachucha. Se sentó en un pupitre de los destinados a los mareros, y escuchó con atención las últimas explicaciones que se dieron. Cuando los de la mara parecieron haber terminado lo suyo, el de gorra intervino: “—Estoy aquí porque estos estudiantes me han invitado... Yo soy Pedro Benavides y he pertenecido hasta hace poco a la Mara Salvatrucha de San Vicente...” Dicho esto, comenzó a dar la mano y a saludar a los miembros de la mara. “—Yo estoy

lleno de tatuajes; por eso, ando ahora con manga larga... para que no se me miren". Enseguida se quitó la camisa y mostró su torso prácticamente invadido por los tatuajes; ahí había mujeres desnudas alternando con la imagen de la virgen de Guadalupe; ángeles y demonios con sus alas; corazones y cruces. Y, presidiéndolo todo, un letrero en letras góticas: MARA SALVATRUCHA 13.

La expectación era grande entre todos: alumnos y mareros. "—Me conozco todas las cárceles de Los Ángeles... Ahí fui aprendiendo a pintar, a hacer *graffiti*. Después, me deportaron, y aquí en El Salvador fui de los organizadores de la Mara Salvatrucha de San Vicente... Después de un tiempo decidí salirme, porque creí que ya era hora de cambiar de vida... yo te digo, a vos que tenés unos 13 o 14 años (se dirigió, en efecto, al más joven de los mareros)... no te dejés manejar por los más grandes; porque es posible salir de las drogas... ¡Mírame a mí!" Y siguió contando cómo, gracias a que en las cárceles aprendió a pintar, ahora tenía ya su propio taller de pintura. "—Yo me puedo ganar cinco mil y hasta diez mil pesos por un mural... Por eso, yo les digo a ustedes que la mara no es el último destino: uno puede salirse y convertirse en una persona útil".

Los alumnos que escucharon los testimonios de los miembros y del ex miembro de la Mara Salvatrucha eran casi todos aspirantes a la carrera de Comunicaciones y Periodismo. Yo les había dicho, como motivación para trabajar sobre temas de ese calibre, que un buen periodista no debe contentarse con conocer superficialmente los hechos y fenómenos de la realidad. Es responsabilidad de todos, pero en especial para los profesionales de la comunicación, el ahondar en el conocimiento de la realidad, para dar a los lectores una información más apegada a lo objetivo, a la verdad... Después de esas experiencias con temas como la fauna en peligro de extinción en El Salvador y la problemática humana de las maras, estoy seguro de que muchos de esos futuros periodistas van a cambiar en cuanto a sus actitudes. Si han sido capaces, en, estas pequeñas pero significativas oportunidades, de asomarse al traspaso olvidado y desconocido de nuestro país y de nuestra sociedad, en el futuro tendrán quizás más cuidado al verter opiniones sobre estos delicados y espinosos temas.

Porque conocer más la problemática que nos rodea, hundir más y más profundamente ojos y manos en esta tierra rica en nutrientes y en testimonios históricos, arqueológicos y antropológicos, sería una de las vías para sensibilizarse y segregarse definitivamente del ejército de los salvadoreños destructores de las verdaderas riquezas de este país... Creo que hay sector es muy minoritario (no me refiero a la minoría económicamente pudiente, ni quizás a la minoría profesional y académicamente superior) que están dispuestos a escuchar otra versión sobre el país, sobre la vida y sus milagros. Otra versión que no la histérica de los predicadores religiosos de pacotilla, ni la oportunista de los políticos de turno. Para esos pocos van estas líneas: si alguno las lee y se adhiere a sus planteamientos, me dará por plenamente satisfecho.

## 6. Mi afición por la caligrafía

Cuando uno ve tantas cosas marchando en reversa en este país, le asalta una y otra vez la cuestión: ¿Y por qué seguís aquí? ¿Por qué no tentar, como tantos otros salvadoreños, una mejor suerte en otras partes? ¿Que tenés vocación de masoquista? ...Y la respuesta también acaba imponiéndose eventualmente: —“— Si aquí he decidido vivir, pues me toca, entre otras cosas, dar testimonio de que quiero ser diferente respecto de casi todos los salvadoreños (he pensado tantas veces que, en realidad, ya no soy salvadoreño...). Quiero demostrar que, aun en medio de la tosquedad y mediocridad ambientes, aún son posibles los espacios para el refinamiento y para la poesía... Esa sed de testimoniar la diferencia es la que me hace escribir y escribir líneas como estas.

Ya antes expresé la idea de que me siento en algún momento, prestando mi pluma para que otro (innominado, misterioso) hablara por mi medio. Ahora debo añadir que mi afición por el dibujo, me hace sentir, además, la encarnación de algún monje heterodoxo medieval, ilustrando con miniaturas (lascivas e irreverentes) las enormes páginas de papiro de un libro sagrado. En ese sentido, me identifico con William de Baskerville, saliendo de entre las llamas con los pocos libros miniados que logró salvar del incendio del monasterio (tal como se cuenta en *El nombre de la Rosa*, de Umberto Eco).

En el libro *La escritura y la psicología de los pueblos* (de J. Danielou *et alii*) se cuenta que el rey Nabónides, de Babilonia encontró en el año 550 A.C. una tableta de arcilla que hablaba de la fundación de una ciudad. Dicha tableta había pasado enterrada durante 3.200 años, y ninguno de los predecesores del rey la había descubierto. Por eso, Nabónides se sintió muy especial: “Por encima de los milenios, este testimonio del pasado libraba su mensaje al elegido al que estaba destinado” (p. 83).

Es la misma persuasión que a veces tengo respecto del mensaje de algunas obras artísticas y literarias: a mi se me ha escogido para desentrañar el profundo mensaje que yace oculto, entre los laberintos de signos de una obra literaria o artística... Como contraparte, existe otra fuerte convicción acerca de la obra que yo estoy haciendo: sé que debo elaborar todo de la mejor manera, cuidando hasta el más mínimo detalle, porque en algún momento del futuro (para mí, más bien remoto que próximo) aparecerá un lector o contemplador a quien mi obra haga vibrar profundamente. Saltará, entonces, el arco voltaico y habremos de entendernos en un salto de siglos: yo, el autor, y el otro, el lejano lector contemplador... Se establecerá un diálogo que hará real el Eterno Presente del Arte y de la Poesía. La magia habrá sido posible gracias al poder de los signos, las grafías, los trazos de la plumilla dibujando letras o rostros, sobre el papel (o su equivalente de entonces).



En *La escritura y la psicología de los pueblos* se dice que para ciertos escribas del medioevo la práctica caligráfica iba más allá de poner en letras claras el mensaje. También se esmeraban en conseguir la belleza del trazo, de modo que hasta podían diferenciarse los estilos y propósitos de las dos escuelas de escribanos: líneas simples (latinos), líneas simples y gruesas (griegos). Claro, para ello ocupaban canteros diferentes: largos los primeros y cortos los segundos. De tal manera era este arte practicado que antes de ponerse a escribir un texto, el amanuense hacia ejercicios de calentamiento para la mano (haciendo óvalos y aun garabatos); así podría lograr después trazos más gráciles y bellos... También entre los chinos, los calígrafos son artistas de la pluma y del pincel: dibujantes que se esmeran en plasmar lo mas bellamente posible su mensaje. De modo que aun sin entender para nada el contenido, uno puede admirar la belleza impecable de la simple (o compleja) grafía.

A mí me gusta hacer ejercicios de calentamiento con la caligrafía, pero también sobre la temática que estoy escribiendo. En lo relativo a la formulación de ideas, ensayo de una manera y de otra sobre el borrador, hasta que doy por fin con la fórmula que me satisface. Sólo entonces la transcribo..... Mi Ars Poética abarca, pues, todos esos aspectos de la escritura: el dibujar cuidadosamente las letras, hasta el afinar meticulosamente las ideas.

Ahora bien, es un Ars Poética que no sólo norma sobre lo escrito en el papel: también está presente en los mensajes que cifro trabajando en mi jardín. Porque yo voy planeando los arreglos para mi arboleda como si se tratará de un "texto": Procuro planificar "conjuntos" (de arriates, de plantas enrolladas en los árboles, etc.). Hago vistas desde distintos ángulos; todo, con tal de lograr la mejor ubicación para una planta que voy a sembrar, o para algún otro objeto que quiero colocar. De modo que hasta una piedra o un tronco "dejados como al paso" deben ayudar a hermohear la totalidad que siempre tengo en mente como un proyecto a realizar.

Los elementos esos con que trabajo en mi jardín (los ladrillos de un arriate, las plantas aéreas o rastreras, las piedras grandes o pequeñas) son, a través de su disposición y de sus trazos, signos de mi "escritura". Son auténticas pistas que yo voy dejando para que sean luego descifradas por un "lector" avezado del futuro. Así, siguiendo los distintos "hilos temáticos" podría inferir, entre otras cosas, cuáles eran mis gustos, mi obsesión por ciertos detalles y por los efectos de la perspectiva: "Desde aquí se tiene la sensación de estar en medio de una montaña espesa: tal es la confluencia de hojas de todo tipo, tamaño y color; tantos los planos superpuestos del follaje".

Porque ya lo expresé en otras oportunidades: mi intención es dejar estampada la impresión de tener en un pequeño reducto, conservada y envasada, una montaña entera con sus claroscuros, humedades, vahos y fantasmas. Apresar todo el encanto y magia de la espesura tropical, aunque sea en las dimensiones

reducidas y mínimas de mi terreno y arboleda. Tener un jardín botánico o un parque El Imposible en miniatura, para disfrute del contemplador de enredaderas, de pájaros exóticos, de arriates con formas caprichosas, de ardillas y hasta alguna que otra serpiente.

Pero, claro, todo eso es primero para mi deleite personal; después, para el regusto de quien sepa descifrar el infinito amor que alentó la disposición de cada Orquídea en su respectivo tronco, o el inefable deleite de seguir con la vista hasta allá, donde se pierden los filodendros escalando los más altos y robustos pinos, e imaginar cómo sería uno si fuera pájaro carpintero, o tortolita, o garrobo, persiguiendo a su pareja durante la época de celo.

## 7. En defensa de la poesía

Estoy decidido, pues, a que mi jardín sea parte de mi “*opera magna*”: Allí ha de quedar plasmado también lo mejor de mí. Sin embargo, también él ha de ser un reflejo y un refuerzo para mi “*opera magna*” literaria y aun humana.

En las poéticas renacentistas (Influenciadas por ideas de la Antigüedad) se habla de tres elementos que concurren en el proceso de creación artística: el *ártifex* (sujeto creador), el *ars* (conjunto de técnicas y procedimientos utilizados en la creación) y el *opus* (obra u objeto artístico resultante).

El *ártifex* es el artista creador, el demiurgo... de tal manera tiene sus dotes a punto y es tan diestro (debido a la práctica y el estudio) que el término *ártifex* (o artífice) lo define perfectamente: es una especie de artesano, de operario, pero con una alta calificación. En cuanto al *ars* puede decirse también que hace referencia a todo el procedimiento de creación artística; es un proceso que requiere pericia, disciplina y hasta conocimiento científico para dar con las técnicas —y tecnología— apropiada. El *opus* no es sólo un objeto tangible y concreto; la ejecución de un violinista —la *performance*— de una sonata clásica entra dentro de la categoría de *opus*: y hasta el lector o contemplador de una obra literaria o artística crea un *opus* al haber re-creado, a través de su lectura, o de su atenta contemplación la obra de un artista literato o músico.

Otro término interesante es el de *poiesis* y sus afines; en griego, *poiesis* significa: crear algo nuevo, y esto puede ir desde un mueble hasta un poema. Se supone que en ese objeto nuevo creado, el autor o creador, el *poieta*, pone algo de sí; sus aptitudes e inclinaciones personales moldean y conforman una obra, con mayores o menores dosis de originalidad. *Poema* es, entonces, la obra resultante, que presenta características bellas o útiles, o ambas juntas.

Ahora bien, debido a la perfección y pericia requeridas, el poema o texto elaborado con pretensiones estéticas, se convierte en paradigma o modelo ejemplar de lo que debería ser toda obra (u *opus*) salida de las manos humanas.... Con tal perfección todo ser humano debería hacer su trabajo o producir sus

obras (hacer deporte, construir edificios, pintar paredes o escribir artículos de periódico), que estas serían equivalente en perfección a poemas. Consecuentemente, todo humano está llamado a ser poeta (aunque no escriba versos). Y *poiesis* es, entonces, todo proceso creativo (todo trabajo) que ha de buscar acceder a la perfección, de manera similar a como lo hace el creador de versos.

Pues bien. Jugando a comprender de distintas maneras el proceso creativo en el que estoy embarcado, puedo decir que en cuanto jardinero pretendo hacer "poemas" con ladrillos, piedras, árboles y plantas. Pero también podría hacer otras equivalencias: como poeta quiero ser algo así como joyero, en tanto que como ensayista pretendo ser repostero. ¿Y por qué esas asimilaciones?

Ocurrió algo uno de estos días que me sirvió para clarificarme en cuanto a lo que yo pretendo con respecto a mi labor escrituraria... Resulta que un famoso crítico salvadoreño acaba de publicar una antología de la poesía salvadoreña, y no me incluyó en ella. En primera instancia me resultó molesto. ¿Mi poesía vale menos que la de otros *diz que* poetas? ¿No existen para ese crítico *Oráculos para mi raza*, ni *Amor medieval*?

Pero, después recapacité: Me preocuparía que cualquiera entendiera mis poemas, porque sería señal de que estoy haciendo concesiones populistas facilitonas para ganar el aplauso masivo o la atención de críticos de moda... Estoy consciente de que entre lo publicado tengo cosas nada logradas; pero, en general, procuro trabajar minuciosamente los poemas. Cada parte es pulida y engastada con la delicadeza de un orfebre trabajando joyas y piedras preciosas... Cuido en extremo las referencias históricas, culturales o antropológicas. Desde luego, eso hace difícil la comprensión de algunos poemas. Claro, se necesita saber que Tulán Zuiva o Tamoanchan, por ejemplo, son denominaciones que las culturas quiché y tolteca daban a la cueva de donde salieron los antepasados culturales; o que en la conformación de la cultura española confluyeron muchas otras culturas como los tartesios, los celtas, los iberos, los fenicios, los árabes...

Pero no sólo es eso (la referencia culterana); aspiro a escribir poemas fundacionales, puntos de referencia para entenderme yo y para que nos entendamos nosotros: de dónde provienen nuestras raíces y algunos rasgos de la cultura que poseemos. En ese sentido, intento contribuir a llenar un vacío histórico-literario del que adolecemos en cuanto a nuestro pasado precolombino, sobre todo. Decía más o menos Borges que si no se tiene conocimiento cierto acerca del pasado cultural de un país, al literato le toca reconstruir imaginativamente cómo pudo haber sido ese pasado; para que las gentes tengan un asidero que los ate con amor y devoción a un lugar, a una tierra, a un suelo, diría yo, siguiendo la lógica de mis razonamientos anteriores... En esa línea van mis *Oráculos para mi raza*.

Hay más aún: el objetivo fundamental de mi creación poética es la consecución de poemas esenciales: esos que apresan el meollo, el quid de la cosa, a

través de la expresión verbal. Ese punto de miras ya era actuante en mí desde que empecé a escribir los primeros poemas de *Oráculos para mi raza...* Al terminar el libro me dije: “—Ahora debo esperar años, quizás siglos de silencio, antes de que alguien pueda sintonizar con el mensaje que yo he pretendido plasmar en mi poesía”... Pero no fue muy larga la espera: una vez aprobado el libro para ser publicado en UCA Editores, pedí al padre Ignacio Ellacuría que me hiciera el honor de prologarlo. Con la responsabilidad y con la altura intelectual que siempre lo caracterizaron, Ellacuría se dio a la tarea... Unas dos veces me llamó a su oficina para preguntarme cosas sobre mi vida familiar, mi formación, mis gustos e inclinaciones. Él escuchaba mis respuestas y apuntaba... escuchaba y apuntaba. Pero en una de esas sesiones me señaló algo que me puso los pelos de punta: “—Rafael, tengo que decirte una cosa (yo pensé que ya no me iba a hacer el prólogo): ahí en ese estante que está a tu izquierda, tengo guardados como un tesoro dos libros.... Son los dos tomos de la poesía completa de Ángel Martínez Baigorri (un jesuita vasco que vivió y murió en Nicaragua). Él era un poeta esencialista, porque lograba calar hasta lo más hondo en el alma de los hechos que poetizaba; lograba asir la esencia de cada cosa.. Y yo creo que tu poesía va por ese camino también...”

Esas palabras fueron como música para mis oídos; confirmaban la intuición original sobre el propósito y el alcance del libro. Y no tuve que esperar durante siglos: alguien cercano había sintonizado con lo que yo tan ilusionadamente había estado buscando plasmar en mis poemas.... Por eso, me sentí orondo, y me dejaron más que satisfecho aquellas palabras del sabio maestro Ellacuría.

El prólogo que elaboró Ignacio Ellacuría para mi *Oráculos* es una joya en varios sentidos: a través de lo que el prologuista dice acerca de mi poesía, se va dejando entrever el profundo amor que él mismo profesaba a las gentes sufridas de este país. Haciendo el retrato de otro, el pintor mismo se retrata, como Velázquez se pinta en el retrato de *Las Meninas*. Además, el prologuista enfoca el tema con una belleza y profundidad tales, que hablando de poesía, él mismo hace poesía.... Y de la maravillosamente lograda, aunque no estuviera escrita en versos..... Para mí ese prólogo es como una medalla de oro colgada en mi solapa. Lo leo y releo con una emoción tan intensa, que me lleva siempre a las lágrimas.

De ahí, pues, que tenga muy clara la valoración sobre mi poesía: me preocuparía sobremanera que gentes como Ellacuría, German Cáceres, Francisco Andrés Escobar, Ricardo Roque, David Escobar Galindo u Óscar Edgardo Melhado descalificaran mis libros de poesía; pero que otros, de muy mediana estatura, lo hagan, no sólo no me preocupa, sino que me honra y me halaga.... Sé ve que voy por buen camino.

Se le puede decir a un joyero: “—A mí no me gusta ésa su joya, por la forma que le ha dado al brazaletes y al collar, o por el tipo de gemas que utiliza

en su engaste"... Pero lo que no se puede poner en tela de juicio es que lo creado por ese orfebre es una joya. No poder distinguir una gema de una piedra cualquiera, o la joyería fina de la bisutería... ésa es una limitación del preceptor, de ninguna manera es una falla del objeto artístico...;Ese es tu problema, famoso crítico literario de moda!

Decía unas líneas atrás que como ensayista pretendo ser algo así como un repostero. En efecto, estoy experimentando —en estos escritos, precisamente— formas expresivas novedosas; estoy “ensayando” combinaciones nuevas de elementos. Así, combinar la narración de anécdotas y casos, con la reflexión.... Me lanzo a configurar capítulos que contengan levaduras diversas, de manera que unos pueden ir creciendo y creciendo (presencia de las digresiones), mientras otros permanecen de dimensiones discretas.

Formas diferentes, dimensiones diversas... pero todos esos “panes” y “tartas” y “bizcochos” son salidos de una misma horneada (la unidad de toda esa parte; además, puesto que todo el trabajo está pensado en varios grandes conjuntos) ...Y, finalmente, el turrón... Disfruto a rabiar al ir haciendo garabatos o letreros de dulce; pruebo las “mermeladas” mientras las voy poniendo sobre los “pasteles”... Total, de la misma manera que en el caso de las joyas y el joyero, si al “cliente” no le gusta el producto, pues que se busque otra pastelería. Lo que de ninguna manera me puede discutir y objetar es que de mi taller esté saliendo repostería... y de la fina.

## 8. Eckermann y las mediaciones

Dije antes que este trabajo está concebido en varias grandes secciones u horneadas: Primera: “*Mis orquídeas entre la arboleda*”; segunda: “*Memorias de un fauno en su jardín*”; y tercera (por ahora): “*Caducifolia: las hojas que se lleva el viento*”. Cada una de estas partes quiere estar girando en torno a una propuesta teórica (un gozne, como diría Eduardo —el Negro— Valdés). En la primera parte fue la teoría de “*La flor y el canto*”: El poeta (y todo ser humano) debe tener tal magia consistente en que todo lo que toque con sus palabras o con sus relaciones humanas, se le convierta en Flor (poesía, obra hermosa, crecimiento humano).

En la segunda parte fue la reflexión del retiro al modo de Horacio: en la Quinta de la Sabina se ha de procesar todo el material mundano, para ser transmutado en arte y en literatura, en producto verdaderamente embellecedor de la realidad natural y social. En esta tercera parte se expondrá la teoría de las mediaciones: ¿En qué consiste? El poeta-ser humano ha de estar presto para dejar que por él hable e imponga su palabra la Poesía del Universo. Cuanto más el poeta se prepare para esa tarea, más fácilmente se hará diáfano ese mensaje que compete al ser y a la realización del humano, íntimamente hermanado con el destino del Universo entero.

✓ A propósito del libro *Conversiones con Goethe*, de Juan Pedro Eckermann, voy a hacer una serie de consideraciones que me servirán para extraer la teoría sobre los mediadores y las mediaciones... Juan Pedro Eckermann fue un escritor alemán que vivió de 1792 a 1894. Él mismo explica en su libro que, desde muy joven, tuvo una sed inmensa por saber: acerca de la naturaleza, de la historia, y de todo... Fue así como decidió buscar la tutela y amistad de alguien que pudiera guiarlo por ese camino de la sabiduría. Entabló, entonces, correspondencia con Wolfgang Goethe, por entonces reconocido en Alemania y en Europa no sólo como un gran escritor, sino también como un gran sabio (descubrió, entre otras cosas, el hueso intermaxilar del ser humano). Eckermann decidió ir hasta donde vivía Goethe, y ponerse a su servicio; para ello, debió recorrer a pie, en esa ocasión, cuarenta kilómetros bajo los rigores de una tormenta de nieve...

Viene, entonces, la primera consideración: el autor del estudio preliminar del libro de Eckermann, Francisco Ayala, dice que aquel fue, en última instancia, una figura mediocre, comparada con la estatura de W. Goethe. ¿Mediocre Eckermann? ¿Cómo puede serlo quien decide recorrer a pie tales distancias, sólo por razones de adquisición de conocimientos y de aprendizaje? ¿Cómo puede serlo quien toda su vida estuvo ávido —como el mismo Eckermann dice— de asistir a cuanta representación teatral hubiera, de estudiar libros y tratados científicos, de leer poesía y novela, y de comentar con famosos literatos y artistas cuanto hecho de cultura se diera? Ciertamente, al lado de W. Goethe, la obra de Eckermann palidece; en este sentido, Goethe fue algo así como una estrella de primera magnitud, y a Eckermann le corresponde el brillo de una estrella de mucho menor magnitud. Pero, de ninguna manera fue un simple satélite girando alrededor del astro fulgente. Absolutamente, Eckermann no fue un mediocre, y se equivoca el prologuista el calificarlo de tal, como también se equivoca al aseverar que el nombre de Eckermann era Juan Pablo y no Juan Pedro (Pablo o Pedro, ¿no da lo mismo?)... Mediocre es aquel que se acomoda a su poco o mucho dinero para vivir (puede ser un comodón el mendigo) o a su mucho o poco saber (puede ser mediocre acomodado el académico que no se preocupa por seguir actualizándose). Porque mediocre es quien se ancla y se estanca, y ya no está interesado en moverse de la butaca (dura o acolchada) en que se ha apoltronado. Eckermann, espíritu y permanente en movimiento (tanto física como intelectualmente), no podía ser un espíritu mediocre.

Segunda consideración: a través de las *Conversaciones con Goethe* nos enteramos de primera mano acerca de aspectos poco conocidos de la personalidad de Goethe; por ejemplo, la extraña insensibilidad mostrada por el sabio de Weimar ante la muerte de su hijo, acaecida mientras éste, aún joven, realizaba un viaje por Italia, en compañía de Eckermann, precisamente. Nos habla de las múltiples amistades que tenía el maestro, y de los innumerables regalos que recibía continuamente: grabados en metal, acuarelas, bustos en bronce o mármol (¿se tendrán guardados todos ellos en algún museo dedicado a Goethe?). Pero, sobre todo, a

través de las páginas de su libro dedicado a W. Goethe, Eckermann nos testimonió el profundo conocimiento que él tenía sobre muchas cosas; así, nos informa de los distintos tipos de plumajes que visten las aves, según la edad o la época del año. Platica con Goethe (y con nosotros) sobre la calidad de las maderas que son más aptas para fabricar buenos arcos y excelentes flechas (Eckermann era diestro competidor con arco). Incluso, Eckermann se atreve a discutir y a contradecir al maestro en lo referente a su teoría de los colores (Goethe se ufanaba de haber formulado la más exacta teoría al respecto).

En resumen, Juan Pedro Eckermann tiene muy en claro que él es sólo un humilde mediador, y que no importa brillar menos que su maestro; porque, en definitiva, uno y otro no son más que canales, vehículos por medio de los cuales se hace manifiesto un saber, que no es sólo acumulación de información (la cual, ciertamente, se da), sino ante todo, ansia, avidez, pasión por interrogar a la naturaleza, al ser humano, al cosmos; siempre en busca de respuestas, las cuales nunca llegan a ser definitivas, porque dan lugar a más y más preguntas... Es exactamente lo que ocurre con Fausto... y Eckermann lo comprende así; así como comprende también que la obra *Fausto* fue escrita a lo largo de muchos años de la vida de Goethe, y terminaba casi al final de la vida, porque Fausto era, en último término, un *alter ego* del mismo Goethe (y de Eckermann también).

Fausto era un medio a través del cual se manifestaba, gracias a un pacto de sangre y de condenación eterna, ese espíritu volcánico, inquieto, rebelde, profanador y desacralizador procaz, del mismísimo Mefistófeles... De ahí, pues, que en síntesis tenemos: Eckermann acompañó estrechamente a Goethe en su creación del Fausto, porque él, Eckermann, se siente plenamente identificado con Goethe cuando éste crea a un doctor Fausto que es, a su vez, vehículo dócil para las diabluras iconoclastas de Mefistófeles.

Aunque en *Conversaciones...* se condene al pobre Mefistófeles, también ahí Goethe expone una teoría de lo demoníaco que no hace más que revalidar a Mefistófeles en cuanto eterno contestador de verdades establecidas. El "*non serviam*" es la máxima expresión de libertad a la que debe adscribirse un sabio; implica que siempre ha de estar revisando sus puntos de vista; siempre dispuesto a desbaratar dogmas y verdades expuestas como inamovibles y absolutas.

Una tercera consideración: Eckermann es un escritor que parece haber sido ensombrecido y eclipsado definitivamente por Goethe. Sin embargo, su modesto papel se agiganta con el paso de los años y aun siglos: porque ha puesto de manifiesto ciertas claves para entender no sólo a su sabio maestro, sino también el papel que le corresponde a todo sabio: convertirse en un medio traslúcido, transparente, para que hable otro a través suyo: el Saber, la Sabiduría... así con mayúsculas.

En ese sentido, el magisterio de Eckermann es algo que se habrá de imponer mucho después de su muerte, cuando la humanidad vaya madurando integral-

mente... Magisterio el de Eckermann que se parece mucho al de Simón Rodríguez; es aún un perfecto desconocido; pero ya son más y más quienes reconocen el tremendo atractivo que supone la vida y obra de Rodríguez: ese ir fundando talleres vocacionales en las ciudades y pueblos por los que iba pasando, con el objetivo de darle a los jóvenes herramientas efectivas (en cuanto conocimientos y pericias) para que salieran adelante, en un mundo en el que no todos podían acceder a una formación universitaria. Esa extraña forma de ir transportando en cajas y baúles los aparatos y objetos que había inventado. O, finalmente, ese desenfado en su vida sexual y amorosa... Simón Rodríguez quizás recién está empezando a desplegar su enorme y trascendente magisterio.

Pues bien, a partir de estos dos “ejemplos”, Eckermann y Simón Rodríguez, voy a explicar cómo voy tratando de hacer vida práctica la que, un poco pedantemente, podría llamar; teoría de la mediación... Ya expliqué antes que mi laboratorio, mi campo experimental donde mezclo y combino los más variados elementos es mi arboleda. Ella es mi *Sancta Santorum*, mi templo pagano donde creo que el Espíritu del Bosque ha encontrado un lugar para manifestarse; así como ocurría en los bosques de los celtas y de los germanos (se dice que la Iglesia Católica contribuyó a la extinción de los bosques de Europa, porque, según aquella, talando árboles habría menos lugares donde pudieran llevarse a cabo cultos paganos, muy vinculados a las florestas, fuentes y riachuelos)... Hay infinidad de cosas que podrían decirse respecto de la magia que se destila en lugares como ese de mi arboleda. Trataré de poner cierto orden a todo lo que puede ir saliendo.

Ser mediador, “médium” o intermediario (como quiera llamarse) implica una responsabilidad enorme y una clara conciencia sobre ciertas cosas: en primer lugar, saberse diferente a la gran mayoría. Eso no supone preocupación por figurar y ocupar lugares destacados en la vida social, académica o artística (“—Hay quienes tienen vocación de florero”, dice el amigo Ricardo Roque). El no figurar entre los grandes no significa que uno se sienta mediano e insignificante... La mediocridad —decíamos— equivale a pactar con lo que ya se tiene, y no esforzarse por una permanente renovación o actualización.

En esa línea, yo tengo muy claro que me ha tocado ser un escritor marginal en un país marginal. Pero mi compromiso de hacer una “opera magna” es, ante todo, frente a mí mismo. A mí se me han dando ciertas aptitudes y cualidades, y yo tengo la imperiosa tarea de hacerlas productivas: en lo que escribo, digo o hago. Si no, quedo mal conmigo mismo y con ese interlocutor interior, que es implacable “¡—Parece mentira que no podás hacer eso!...” También debo entregar una “opera magna”, cuidada hasta en los más mínimos detalles, con respecto al lector exigente del futuro, próximo o lejano, según expliqué antes.

En segundo lugar, la experiencia de mediador conlleva un efectivo tomar contacto con los mensajes trascendentes de los maestros, contenidos en libros, revistas, en la música, o simplemente captados a través de los sonidos de viento



o de los remansos del silencio. Esa toma de contacto, ese circuitazo, o dialogo que se salta las edades (de las personas, de la historia y aun de la tierra o eras geológicas) es algo que se lleva a cabo en los momentos de retraimiento y de reflexión.. Ahí es cuando se degustan libros como el de Eckermann o artículos sobre el maestro Simón Rodríguez. Son momentos de soledad (de ninguna manera, vacío o aburrimiento), vividos como nostalgia por tiempos arcanos; quizás la “saudade” de los poetas galaico-portugueses: ese sentimiento a medias alegre, a medias triste, cuando se recuerda al ser amado.

Y es entonces cuando se puede acceder a la experiencia intensísima de la plenitud del ser: yo soy (a veces experimento el vértigo de mis propios límites) y en este momento todo el ser del universo está posado en mí. En mí reposa y se aquieta la infinitud del ser; siento un inmenso peso, aunque voy también transformándome en la más liviana de las cosas de la realidad... Si estoy escribiendo o aun comiendo, cada pequeño ruido de la pluma sobre el papel y del cubierto sobre el plato, me remite hasta lo más interior de mí mismo, y siendo que me recorre toda la plenitud y placidez del universo... Soy sólo yo, volcado sobre un punto, pero soy al mismo tiempo una conciencia que extiende sus límites hasta los confines del cosmos.

En tercer lugar y conectado con lo anterior, la mediación supone que uno es un ducto sin escorias, “limpio” para dejar fluir con facilidad los mensajes (en una y en otra dirección: los que se reciben y los que se mandan). En este sentido, yo debo “limpiarme” de impurezas en los momentos de retiro y aun en mi vida cotidiana; y eso implica que no haya en mí, entre otras cosas, de esos pensamientos obsesivos o preocupaciones que le dan vueltas y vueltas a uno, como si de esas abejitas o mosquitas necias se tratara...

Giovanni Boccaccio (1313-1375) dice en su prólogo al *Decamerón* más o menos lo siguiente: En un tiempo, él fue presa de una pasión desbordada por las mujeres. Debido a ello estuvo a punto de morir varias veces; pero fue gracias a la ayuda de sus amigos que él logró superar esos trances mortales. El escribir los cuentos del *Decamerón* también fue para él una suerte de terapia: Le sirvió de alivio y consuelo en su aflicción. Ahora —concluye Boccaccio—, sólo goza y disfruta con la compañía de las mujeres; de ninguna manera sufre a causa de ellas...

Ahora sólo gozo a las mujeres: ya no sufro por su causa... Yo me identifico plenamente con esas palabras de Boccaccio; y para llegar a ello debí pasar por trances de muerte también, tal como explico en una parte anterior de ese escrito. Mi relación actual con las mujeres es de plena libertad. Tengo amigas íntimas que están comprometidas o acompañadas, pero eso no es óbice para que yo tenga con ellas una especie de maravilloso y permanente noviazgo. La clave ha sido, entre otras cosas, el que nos veamos de vez en cuando o, en todo caso, que no vivamos juntos. Porque, para mí, la cotidianidad, el roce diario y permanente

mata el encanto que sí mantiene el encuentro espaciado, casi ocasional... Por eso, los encuentros esos tienen la calidez y la intensidad del primer contacto; tienen la frescura y hasta el morbo, diría yo, de la relación primeriza de los adolescentes: tomados de la mano, escondiéndonos de las miradas importunas, para poder regalarnos los interminables besos.

Pero, lo más importante ya no me relaciono más con ellas en situación de desventaja o dependencia... Creo que he logrado establecer con ellas una relación de perfecta igualdad. Y eso, porque tuve que aprender a controlar perfectamente mis emociones y sentimientos respecto a las mujeres. Le decía a mi amiga Rachel que yo puedo incluso hacer el ejercicio de sacar de mí, desprenderme de esos sentimientos, para examinarlos como si fueran especímenes de esos sentimientos, para examinarlos como si fueran especímenes raros, conservados en un frasco... Puedo "darle vueltas al frasco" buscando ver esos sentimientos desde distintos ángulos: "—A ver, ¿me estoy enamorando? ¿Me embarco en esa aventura amorosa o me contengo? ¿Jugamos a ver qué sucede? ..."

Esa distancia "cínica" respecto de mis pasiones y emociones no me impide que, en un momento dado, yo me pueda entregar a una relación íntima, con la intensidad de la plena juventud. En ese sentido, creo que he encontrado la fuente de Juvencia, la fórmula feliz que me permite combinar un vigor casi juvenil, con la racionalidad y mesura propias de la adultez. Me siento, en suma, el dueño y señor de mis sentimientos y pasiones en cuanto a las damas se refiere.

Ahora bien, yo sé perfectamente que esa actitud libre respecto de lo sexual y de cara a mis sentimientos y pasiones, me convierte en alguien que no encaja dentro de la normatividad social del tiempo presente. Otra forma de marginalidad también... Pero no me asusta la idea de ser un "outsider"; yo creo que encarno una conducta que quizás llegue a ser la corriente allá por el año 3000, cuando la monogamia a los credos religiosos sean considerados como verdaderas rarezas prehistóricas...

Sé igualmente que esa libertad de movimientos, ese aire de permanente y felicísima libertad me da aun sello distintivo, un aura parecida a la marca que deja el aroma de la loción de pino silvestre.... Doy fe que la magia es efectiva. Cuento en mi cohorte de musas a muchas jóvenes, muy jóvenes algunas de ellas.... Pero he de ser franco; en ese "musario" (aunque "museo" sería el término apropiado, pero suena tanto a vejistorio) hay ninfas de varias categorías; están, por ejemplo, las "intocables": aquellas que, por su rara belleza y por el tipo de relación íntima que tengo con ellas, son algo así como imágenes o estatuillas para ser exhibidas en un camarín. Porque con ellas son claras las fronteras: se puede tener una amistad profunda, sin llegar hasta la relación íntima; el respeto, la cordialidad nos permiten la broma y el trato frecuente... pero nada más. Gozo almorzando con ellas, saliendo de compras, bailando y hasta haciéndoles poemas.

Están las musas tangibles: en ellas se unen amistad profunda y relación íntima: aunque no siempre... De todas maneras, mi propósito y norma es que la mujer vinculada íntimamente conmigo sea cada vez un poco más plenamente mujer; así como yo soy, a través de esa misma relación, más plenamente hombre: ¡humano!, digámoslo sin miedo y sin tapujos.

Por último, se encuentran las musas de invernadero: su situación es intermedia, pues de la amistad profunda y del trato frecuente parecen estar pasando ya a la relación íntima. La expresión invernadero hace referencia a cierta espera: a que la crisálida eclosione en mariposa; y para eso se necesitan condiciones especiales de temperatura, aislamiento. Pudiera ser, sin embargo, que la metamorfosis no llegara nunca a completarse... ¡Pero, seguimos tan amigos y contentos!

Me ufano de la facilidad para entablar amistad con nuevas ninfas. El otro día, llega a mi cubículo una muchacha muy joven y muy linda. Como yo le había ayudado unos meses antes para un trabajo de su colegio, le pregunté acerca del trabajo sobre el cual quería que en esa ocasión le ayudara. “—No, si no tengo que hacer ningún trabajo; he venido a visitarlo, porque me gusta platicar con usted; he venido para verlo simplemente...” “—Eso ya me está preocupando— le digo, bromeando a mi amigo Óscar Edgardo Melhado—, porque puede que las muchachas ya hayan empezado a verme como el viejito cuenta-cuentos”.

Total, yo me defino como un fauno: uno de esos bichos raros, mitad macho cabrío, mitad gente (quizás mejor: mitad humano y mitad demonio). Alguien a quien la naturaleza le ha dado el regalo de estar siempre rodeado de ninfas: hermosas flores o mariposas, a quienes respeto, venero y canto. Yo lo atribuyo al espíritu casi salvaje del bosque que en mí habita... Que él me siga prestando la frescura y la fragancia en todo lo que yo diga y haga. Porque yo quiero ser testimonio vivo de que el hálito libre del paganismo no ha muerto; de que él —y no los enrarecidos alientos envasados en mendaces doctrinas religiosas— ha de perdurar por los siglos de los siglos.

Quien quiera ver jugar a los gnomos junto con las ardillas y las mariposas, que se venga durante el amanecer o el atardecer a mi arboleda. Aquí, desde el orquideario, podrá darse cuenta cómo las montañas de Antigua Cuscatlán están posando para él. Aquí el tiempo parece detenerse y le recorre a uno por todo el cuerpo un regusto fresco por sentirse vivo, y por estar respirando un poco de lo puro que va quedando en este otrora hermoso país.

Antigua Cuscatlán  
28 de diciembre del 1998.